

ISSN: 0213-2087 e-ISSN: 2444-7080

DOI: <https://doi.org/10.14201/shhcont3820201743>

## SOBRE EL HÉROE COMO FIGURA LEGITIMADORA DE LOS VALORES DE LA ILUSTRACIÓN. ESTRATEGIAS DE PRODUCCIÓN, CAMBIOS Y DESACUERDOS

*Heroism as legitimation of Enlightenment values:  
Production strategies, changes and disagreements*

Nuria SORIANO MUÑOZ<sup>1</sup>

*Universitat de València*

nuria.soriano@uv.es

Recibido: 08/02/2020 Revisado: 30/05/2020 Aceptado: 18/05/2020

RESUMEN: En tiempos de inseguridad política, literatos y gobernantes apoyaron toda una serie de argumentos orientados a construir héroes civilizadores y sacrificados en beneficio de la patria, la sociedad y el «bien común». Este artículo analiza las variadas estrategias y formas, siempre en constante proceso de definición, con los que este heroísmo ilustrado proliferó en la segunda mitad del siglo. Después de pasar revista a las coordenadas históricas y a los debates en los que se desenvuelve la fabricación de nuevos héroes, sin dejar de lado otro tipo de heroísmo —heredado de la cultura humanista— me detendré específicamente en los conquistadores de América, sometidos a la crítica de los intelectuales europeos. El heroísmo funcionó como instrumento de propaganda para consolidar una imagen positiva de la patria, capaz de anudar identidades colectivas e individuales y encarnar al mismo tiempo la modernidad y el progreso de la nación. El héroe permite comprender los valores políticos y las controversias sobre la masculinidad y la civilización que imperaban en la sociedad del siglo XVIII, siempre alejados de un significado único y estable.

*Palabras clave:* heroísmo; Ilustración; nación; modernidad; masculinidad.

1. La autora participa en los proyectos de investigación «Privilegio, trabajo y conflictividad. La sociedad moderna de los territorios hispánicos del Mediterráneo Occidental entre el cambio y las resistencias» con referencia PGC2018-094150-B-C21 y «Desde los márgenes. Cultura, experiencia y subjetividad en la modernidad: género, política y saberes» con referencia PGC2018-097445-A-C22.

**ABSTRACT:** During the eighteenth century's periods of political insecurity, writers and rulers supported a whole series of arguments aimed at constructing civilizing heroes who are sacrificed for the benefit of the country, society and the «common good.» This article analyses the different strategies and forms through which an enlightened heroism proliferated in the second half of the century and that were in a constant process of being defined. After reviewing the historical coordinates and the debates within which the creation of new heroes unfolded, and without neglecting another type of heroism—that inherited from humanist culture—I will specifically focus on the conquistadores of the Americas, who were subjected to European intellectuals' critiques. Heroism worked as a propaganda instrument to establish a positive image of the country—one capable of binding collective and individual identities and, at the same time, of embodying the nation's modernity and progress. The hero allows us to understand eighteenth-century society's prevailing political values and controversies regarding masculinity and civilization, whose meanings were always far from singular or stable.

*Key words:* heroism; Enlightenment; homeland; modernity; masculinity.

## 1. INTRODUCCIÓN. NUEVOS TIEMPOS PARA NUEVOS Y VIEJOS HÉROES

De un modo u otro, aproximarse al siglo XVIII significa transitar las geografías del héroe. Comprender las contradicciones de la cultura ilustrada significa preocuparse por los índices de su consumo, su demanda y su popularidad; las escrituras diversas que lo encarnan, los individuos que lo producen y subliman, explicar las razones de su culto y visibilidad, del cambio histórico que atraviesa su representación, del éxito de una potente fuerza que se reafirma ante la mirada de *otros*. El héroe da sentido al tiempo y a la comunidad, deviene una pieza fundamental para los ideólogos de la religión, el Estado y la nación, una simbiosis entre lo ficcional y lo real. El héroe es un individuo destacable por la magnanimidad de sus acciones, por sus virtudes y su autoridad, un arquetipo resultado de una operación compleja con el que dar culto a los antepasados y a los hombres del presente, un modo de fundamentar y reforzar visiones del mundo<sup>2</sup>. Diversas fantasías, prototipos y simbolismos están llamados a perdurar en la memoria colectiva gracias a la existencia de figuras que inspiran a aquellos que las producen y ensalzan sus comportamientos.

Tan variadas son las propuestas del héroe —sea bíblico, clásico o moderno— en la cultura del siglo XVIII como los medios que popularizan sus hazañas: desde la prensa periódica hasta los elogios fúnebres, las obras de teatro, los grabados y las pinturas,

2. GUTIÉRREZ DELGADO, Ruth: «El protagonista y el héroe: definición y análisis poético de la acción dramática y de la cualidad de lo heroico», *Ámbitos, Revista Internacional de comunicación*, 21, 2012, pp. 43-62; BAUZA, Hugo Francisco: *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998; ARGULLÓL, Rafael: *El héroe y el único, el espíritu trágico del romanticismo*. Madrid: Taurus, 2008.

las biografías, e incluso, la historiografía. Particularmente esta última, donde su protagonismo individual aparece ligado a los sucesos más notables de la patria, pese a las dificultades que comporta definir este concepto a finales de la Edad Moderna. El héroe es también, sin embargo, una figura discutida y negociada, que encarna valores y roles de género, imperiales y militares, una representación capaz de generar consenso, pero también de forzar un conflicto. El juego entre los tiempos históricos es, además, doble. También los historiadores y los filósofos de nuestro presente convertirán a Kant —lo hará Cassirer— en el héroe representativo de la Ilustración.

Michelle Vovelle apunta a la Revolución Francesa como momento fundador de la imagen del héroe. Aunque reconoce que esta tradición hunde sus raíces en un tiempo bastante más antiguo, entiende la noción como cimiento de un patriotismo de «corte moderno» que debe comprenderse en sus propias condiciones históricas, es decir, en el marco de una esfera de convicciones compartidas, de una mayoría social que puede modularse, o, en otras palabras, de un «espacio público de comunicación»<sup>3</sup>. Durante el Setecientos prolifera la institucionalización de referentes heroicos del pasado. Los ilustrados exaltan al hombre que actúa con firmeza y lucha contra las dificultades, intrépido y valiente.

Mientras se recuperan modelos del pasado como los héroes de la Antigüedad, héroes militares y religiosos, la noción más clásica de heroísmo se complementa con nuevas figuras heroicas como el científico, el filósofo, el político revolucionario y el literato, personajes que legitiman a la sociedad que los construye y amplían el elenco de héroes disponibles para el público y la comunidad de lectores. Este fenómeno del heroísmo se halla muy en consonancia con nociones características de la modernidad, como la celebridad y la popularidad de personajes ilustres como Jean Jacques Rousseau, que acabará maldiciendo las consecuencias de haberse convertido en una figura pública<sup>4</sup>. En esta línea, este artículo pretende examinar estos fenómenos característicos de los inicios de la contemporaneidad, preguntándose por las formas y los modelos de héroe que conviven en la cultura ilustrada así como los factores que explican su éxito y difusión editorial, al compás de los cambios y los debates intelectuales de finales del siglo XVIII; un momento de especial ebullición entre nuevos y viejos significados en el universo político. Los héroes aportan prestigio a la sociedad que los crea y populariza. Más que imágenes, son figuras encarnadas de diferentes maneras, con una presencia real en los discursos políticos e históricos<sup>5</sup>. Son utilizados para transmitir

3. VOVELLE, Michel: «La revolución francesa: matriz de la heroización moderna». En CHUST, Manuel y MÍNGUEZ, Víctor (eds.): *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Valencia: Universitat de València, 2003, p. 19.

4. LILT, Antoine: *Figures publiques. L'invention de la célébrité (1750-1850)*. París: Fayard, 2014.

5. GONZÁLEZ MANSO, Ana Isabel: «Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos políticos», *Historiografías*, 10, 2015, pp. 12-30.

ideas políticas e ideologías, para generar sentimientos concretos, y con ellos, concepciones muy específicas de la realidad. Veremos, por tanto, cuál es el marco general en el que se popularizan los héroes en sus variadas versiones. Con posterioridad, nos adentraremos particularmente en los héroes vinculados con el universo militar y la conquista de América, especialmente discutidos y contextualizados en los debates propios de su tiempo.

## 2. ¿QUIÉN ES EL HÉROE? ALGUNAS FORMAS Y CAMBIOS HISTÓRICOS

El culto al héroe del siglo XVIII no se reduce a una simple exaltación del rey —ya sea en forma de estatua colocada en la plaza de una ciudad o en forma de panegírico impreso— o, en su defecto, la glorificación de los virreyes y otras figuras representativas del poder real, como sucedió frecuentemente en las colonias americanas. En América, el virrey aparece representado como héroe con referencias muy concretas al mundo clásico, los héroes bíblicos y los dioses míticos, —el Ulises de la *Iliada*— como sucedió con el virrey de Nueva España, Pedro de Cebrián y Agustín, el conde de Fuenclara, en su entrada a México en 1743<sup>6</sup>. Más allá del culto al monarca y sus representantes, el siglo XVIII homenajea y exalta las virtudes de personajes muy variados que van, en el panorama europeo y español, en direcciones muy distintas: desde los insurgentes que asaltaron el palacio de las Tullerías en 1792 al Marat que pintó Jacques Louis David un año después; del conquistador griego Alejandro Magno (356 a.C.-323 a.C.) a Teodosio el Grande (347-395); desde el cardenal Francisco Giménez de Cisneros (1436-1517) al científico Jorge Juan (1713-1773); desde el pintor Agustín Ceán Bermúdez (1749-1829) al marino Federico Gravina (1756-1806); pasando por Luis XIV (1638-1715), Pedro I de Rusia (1672-1725) y Carlos III (1716-1788); desde el marqués de Pombal (1699-1782) a Napoleón (1765-1821); desde Voltaire (1694-1778) a Benjamin Franklin (1706-1760); y de Hernán Cortés (1485-1547) a Vasco de Gama (1469-1524).

Los discursos políticos, los compendios históricos, los elogios fúnebres, las publicaciones periódicas, los grabados, las pinturas y los premios de las academias, promovidos por las instituciones y el Estado, por el desarrollo de la literatura neoclásica —la épica, la epopeya, el teatro, la tragedia— suscitan de forma diversa emociones y sentimientos en torno a la creación de modelos de santidad, pero también guerreros, políticos y civiles, cuyas gestas y hazañas particulares son ensalzadas y dotadas de representatividad colectiva.

Utilizando el recuerdo del militar Julio César —también encumbrado al heroísmo por Voltaire en su conocida tragedia— la *Encyclopédie* suiza de Yverdon, promovida

6. MÍNGUEZ, Víctor: *Los reyes distantes: imágenes del poder en el México virreinal*. Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, 1995.

en 58 volúmenes por el editor romano Fortunato Bartolomeo de Felice (1723-1789) —texto que trató, desde la perspectiva protestante, de competir con la versión de D'Alembert y Diderot— incluye la voz *héros* en su edición de 1773<sup>7</sup>. La entrada recoge los cambios que han operado en el significado del término, como hará unos años después el diccionario del jesuita Terreros en el ámbito peninsular. Este significado no se aleja en absoluto de las virtudes del gran hombre que aparecen en la *Encyclopédie* de D'Alembert y Diderot, en pocas palabras «l'humanité, la douceur, le patriotisme réunis aux talens»<sup>8</sup>. Las obras francesas insisten de forma muy similar en las virtudes guerreras, morales y políticas que destacan en el héroe, en el hombre que sobresale entre los demás por sus cualidades específicas. El concepto parece dedicado sólo a los guerreros, pese a que desde el punto de vista del conocimiento y el saber ilustrado —tan empeñado en distanciarse de la noción de barbarie— pudiera considerarse «ne font que des crimes heureux qui ont usurpé le nom de vertus, au lieu des celui de qualités qu'elles doivent avoir»<sup>9</sup>.

En resumen, el autor de la entrada subraya que la gloria adquirida por las armas no se sostiene en la idea de virtud, el principio que debe regir la condición de lo heroico. Más bien la cuestión reside en las cualidades del corazón y más aún en que «le parfait héros est celui qui joint á toute la capacité & à toute la valeur d'un grand capitaine, un amour & un désir sincère de la félicité publique»<sup>10</sup>. El heroísmo se relaciona, por tanto, con la noción ilustrada de felicidad pública, entendida como estado de bienestar generalizado, de abundancia y comodidades que todo buen gobierno debe proporcionar a sus ciudadanos.

El cambio semántico en el concepto de heroísmo respecto al Barroco es evidente. Sin embargo, aquellos que están fabricando héroes —periodistas, filósofos, políticos, literatos, burócratas, religiosos, pintores, grabadores— recogen una tradición anterior en el tiempo, tomándola directamente del humanismo de los siglos XVI y XVII y adaptándola a las nuevas necesidades de su época. Precisamente durante el siglo XVII, el capellán Sebastián de Covarrubias —autor del primer diccionario monolingüe en lengua castellana (1611)— deja muy claro que el héroe es un hombre mortal que realiza una

7. FERRARI, Stefano: *Fortunato Bartolomeo de Felice, un intellettuale cosmopolita nell' Europa dei Lumi*, Milán: Franco Angeli, Accademia Roveretana degli Agiati, 2016, p. 41. Robert Darnton entiende la *Encyclopédie* como una parte «conspicua alle 25.000 copie delle varie versioni dell'opera voluta da Diderot e d'Alembert que entrarono nel mercato europeo». Véase DARNTON, Robert: *The Business of Enlightenment. A Publishing History of the Encyclopédie, 1775-1800*, Cambridge: Belknap Press, 1987, pp. 1-37.

8. DIDEROT, Denis y D'ALEMBERT, Jean le Rond: *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres*, Tome Dix-Septième, Geneve: Pellet, 1778, p. 382.

9. FELICE, F. B.: *Encyclopédie ou dictionnaire universel raisonne des connoissances humaines*, Tome XXIII, Yverdon, 1773, p. 198.

10. *Ibid.*

hazaña de una envergadura tan grandiosa que puede equipararse con lo divino<sup>11</sup>. Este significado no fue exclusivo del siglo en el que vivió Covarrubias, pues continuó recogiénose en el Diccionario de Autoridades (1729-1739), primer repertorio lexicográfico de la academia. En su tomo IV, recurría a los ejemplos de la historia clásica, y específicamente a la definición de Luciano, para definir al héroe como «varón grande e ilustre, cuyas hazañas le hicieron digno de inmortal fama y memoria», es decir, una mezcla entre Dios y el hombre<sup>12</sup>.

Las reflexiones sobre el heroísmo proliferaron también a lo largo del siglo XVII, a través de una de las figuras más representativas del Barroco hispánico, el jesuita zaragozano Baltasar Gracián (1601-1658). Gracián reflexionó sobre este héroe que, como sostenía Covarrubias, caminaba entre lo humano y lo divino, aunque desde una inspiración teológica. Bajo su punto de vista, el héroe simbolizaba las mejores virtudes: «es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe»<sup>13</sup>. La inteligencia y la perseverancia son algunas de sus prendas más importantes.

Gracián dirime cuáles son las cualidades excepcionales que debe poseer un hombre excepcional, dominado por el pesimismo ascético, desengañado y combativo del Barroco<sup>14</sup>. En 1637 publica una de sus primeras obras, *El Héroe*, un texto en el que define al caballero cristiano, aquel hombre que no teme a nada, el sabio estoico que doma sus pasiones, pero que también es rey, como Fernando el Católico en *El Político* (1640), el modelo de monarca que une la fortaleza, la sabiduría y encarna la razón de Estado. Como ha subrayado Aurora Egido, el héroe graciano «es más que un hombre de armas»<sup>15</sup>. El conocimiento y la virtud son sus méritos propios, no tanto la realeza o la fortuna, sino el entendimiento y la voluntad. Sus excelencias son de orden intelectual y moral. El héroe de Gracián representa a la sociedad y la salva, sin embargo,

11. «Eran sus hazañas tan grandiosas que parecía tener en sí alguna divinidad». COVARRUBIAS, Sebastián: *Tesoro de la Lengua Castellana o española*. Madrid: Luis Sánchez, 1611, p. 360.

12. *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, dedicado al rey nuestro señor Felipe V, compuesto por la Real Academia*. Madrid: Francisco del Hierro, 1734, vol. IV, p. 145.

13. GRACIÁN, Lorenzo: *Obras de Lorenzo Gracián, Tomo Primero, que contiene el Criticón, primera, segunda y tercera parte. El oráculo y héroe*. Barcelona: Pedro Escuder y Pablo Nadal, 1748, p. 506.

14. BALTAR, Ernesto: «El héroe de luto: ensayos sobre Baltasar Gracián de Pedro Cerezo Galán», *Nueva Revista*, 157, 2016, pp. 233-236.

15. EGIDO, Aurora: *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2001; GRANDE, Miguel y PINILLA, Ricardo (eds.): *Gracián, Barroco y modernidad*. Madrid y Zaragoza: Universidad Pontificia Comillas, Institución Fernando El Católico, 2004; MILLER, Dean: *The epic hero*. Baltimore and London: Johns Hopkins University Press, 2000; CARLYLE, Thomas: *Sobre los héroes. El culto al héroe y lo heroico en la historia*. Sevilla: Athenaica, 2017.

en *El Criticón*, el héroe es sintomático del «fracaso de la mitología del imperio»<sup>16</sup>. Los símbolos que suscita el héroe mutan con el tiempo, adaptándose a las circunstancias políticas y culturales de su propio contexto.

### 2.1 *La apología de España y la circulación de El héroe: la importancia de la Compañía de Jesús*

Siguiendo la estela de Gracián, precisamente los jesuitas serán uno de los grandes arquitectos de la idea de héroe, haciendo gala de su conocimiento enciclopédico y de la lectura de las crónicas y los textos antiguos. Mirando hacia el pasado, ya en el contexto de la expulsión en Italia, muchos de ellos se dedicarán a exaltar a los héroes del pretérito de la nación y de la literatura española, frente a las opiniones de los eruditos italianos como Girolamo Tiraboschi, cuya obra fue interpretada por los españoles como un insulto<sup>17</sup>.

Las hazañas conquistadoras y civilizatorias de los descubridores y los conquistadores fueron sacralizadas por hombres de la orden como Ramón Diosdado Caballero, Juan Nuix y Pedro Montengón, centrándose en las trayectorias principalmente de Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Las acciones de los conquistadores, argumentará Juan Nuix, eran tan dignas de fama e ilustres que podían servir de modelo de justicia a las naciones más cultas de Europa. No sólo serán los conquistadores, por supuesto: la exaltación del genio del humanista Juan Luis Vives que hará el jesuita catalán Francisco Javier Lampillas (1789), destacando cómo había contribuido al lustre de «nuestras letras» en España, y los héroes de las matemáticas y la astronomía que cita Juan Andrés en su *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (1793) son buenos índices de ello<sup>18</sup>.

El héroe tiene su propio valor político —fundacional, pedagógico, moral— pero también literario. Lampillas precisamente insistirá en que el heroísmo no sólo debe estar ligado al valor militar sino también al cultivo de las letras. El jesuita valenciano Antonio Eiximeno, aunque se dedica a exaltar a los héroes de la guerra, subraya por encima de todo que el estudio y el saber eran fundamentales para el héroe<sup>19</sup>. El contexto en el que

16. CARDEÑOSA GARDNER, Victoria: *Baltasar Gracián o la egolatría heroica disfrazada de heroísmo*. Boston College: Tesis doctoral, 2009.

17. HERNÁNDEZ, Bernat: «Against the Black Legend: The justification of the conquest of America in the Origins of Spanish Conservative Thought». En MORENO, Doris (ed.): *The complexity of Hispanic Religious life in the 16th-18th centuries*, Iberian Religious World, vol. 6, Leiden: Brill, 2019, pp. 189-214. Sobre la expulsión véase GUASTI, Niccolò: *L'esilio italiano dei gesuiti spagnoli: identità, controllo sociale e pratiche culturali, 1767-1798*. Roma: Edizioni di storia e letteratura, 2006.

18. LAMPILLAS, Francisco Javier: *Ensayo histórico-apologético de la literatura española contra las opiniones preocupadas de algunos escritores modernos italianos*, Tomo III, Madrid, Imprenta de Pedro Marín, 1789. ANDRÉS, Juan, *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, Tomo VI, Madrid, Imprenta de Sancha, 1793.

19. EIXIMENO, Antonio: *Oración que en la abertura de la Real Academia de caballeros cadetes del real cuerpo de artillería nuevamente establecida por S. M. en el Real Alcázar de Segovia*. Madrid: Imprenta de Eliseo Sánchez, 1764, p. 5.



se reivindica lo heroico por parte de los ignacianos ya no tiene nada que ver con las coordenadas en las que escribe Gracián. Hombres como Lampillas, Eiximeno, Andrés, Diosdado y Nuix publican sus textos en el ambiente intelectual del cuestionamiento de la literatura y las «gestas» del pasado de la nación, estimulados por el impacto de las críticas francesas y las que, específicamente, Masson dirige contra la literatura, la ciencia, el pasado y el presente de la nación<sup>20</sup>.

Será entonces cuando la monarquía española decidirá premiar económicamente a los jesuitas que defiendan desde el destierro italiano las «glorias» de España, convirtiéndose este grupo de exiliados en una pieza absolutamente fundamental de la propaganda de la monarquía de los Borbones. Mientras la monarquía pone su empeño en el cuidado de la censura de aquellos impresos y manuscritos que cuestionan los hitos del pasado de España, la exaltación del héroe cobra una mayor potencialidad, con una marcada dimensión ejemplar y educativa, un modelo a imitar de virtudes y acciones tan importante como el propio interés discursivo e historiográfico en torno a la identidad nacional, tan exaltada por los jesuitas tanto en el ámbito histórico como artístico y literario<sup>21</sup>.

Los jesuitas recuperan la categoría de héroe y contribuyen a su consolidación en el mercado editorial, ya desde el exilio, acercando los clásicos al público italiano. También con la transmisión de textos que habían suscitado cierta polémica desde la dialéctica típicamente ilustrada entre la historia crítica y la historia fabulosa. En este sentido es sintomático el proyecto de reedición del poema heroico *El Bernardo* de Balbuena, considerado como representante de la épica española, en un texto que combinaba el imaginario medieval castellano con el americano. Protagonizado por el legendario personaje Bernardo del Carpio, su historicidad será cuestionada por historiadores como Juan de Ferreras<sup>22</sup>.

Las obras de Gracián, principalmente *El Criticón* y *El Héroe* fueron reimpresas precisamente durante el XVIII en no pocas ocasiones. Sus textos —gracias a sus traducciones y ediciones posteriores— se difundieron rápidamente y fueron admirados por nombres fundamentales de la cultura de la Ilustración, como el representante de la historiografía crítica Gregorio Mayans (1699-1781) o el periodista Francisco Mariano Nipho (1719-1803). La obra de Gracián se imprime en Amberes (Juan Bautista Verdussen, 1725), en Barcelona (Joseph Giralt, 1734; Pedro Escuder y Pablo Nadal, 1748;

20. RAILLARD, Matthieu: «The Masson de Morvilliers affair reconsidered: nation, hybridism and Spain's Eighteenth Century cultural identity» *Dieciocho: Hispanic Enlightenment*, 32, 1, 2009, pp. 31-48.

21. IÑURRITIGUI RODRÍGUEZ, José María: «El panteón imaginario. Nación y héroes literarios». En: FERNÁNDEZ ALBADALEJO, Pablo, (COORD.): *Fénix de España: modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737-1766)*, *Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid, noviembre de 2004, Homenaje a Antonio Mestre Sancheis*. Madrid: Marcial Pons, 2006, pp. 161-190.

22. GARCÍA-MINGUILLÁN, Claudia: «La épica de los jesuitas: juicios y comentarios sobre el Bernardo de Balbuena», *Cuadernos de Estudios del siglo XVIII*, 28, 2018, pp. 73-93.



María Angela Martí, 1757), en Sevilla (Juan Leonardo, 1732) y en Madrid (Antonio de Reyes, 1720; Pedro Marín, 1773).

La noción de heroísmo que maneja este pensador de la Contrarreforma se amplía y adapta a las nuevas circunstancias del siglo XVIII, cubriéndose con nuevos significados, valores modernos y menos violentos, con una nueva subjetividad que encarna al «hombre de bien» que trabaja para la sociedad, un hombre con virtudes cristianas pero que se distingue con ideas más laicas como la celebridad y la fama<sup>23</sup>. Esta distinción entre el héroe de la Antigüedad y el héroe de los tiempos modernos se refleja también en algunos repertorios lexicográficos, como el de que compone Esteban Terreros (1786-1793), con su *Diccionario castellano con las voces de las ciencias y las artes*. Este diccionario distingue entre el gran personaje al que brindaban culto los antiguos, admirado por el pueblo como inmortal, mientras que «hoy se toma ya héroe más generalmente por un hombre ilustre y de extraordinario mérito»<sup>24</sup>.

Esta concepción actualizada del héroe, sin embargo, no queda recogida en la definición que facilitó el diccionario de la Real Academia unos pocos años antes de la publicación del repertorio de Terreros. La edición de la academia demuestra las divergencias y los diferentes ritmos en la actualización del significado de héroe, puesto que los académicos no incluyeron ningún tipo de distinción entre héroes antiguos y modernos a la altura de 1783. En esta ocasión, definieron al héroe como «varón ilustre y grande, cuyas hazañas le hicieron digno de inmortal fama y memoria»<sup>25</sup>.

Pese a la definición de la academia, el héroe más propio de la Ilustración asomaba con claridad entre los escritos de los políticos y literatos. No circuló únicamente gracias al impulso que le otorgó la antigua Compañía de Jesús, aunque en sus centros se habían educado muchos de sus propulsores. Así podemos comprobarlo en uno de los mayores representantes de la literatura neoclásica en España, el escritor que disfrutó de cargos de relevancia durante el reinado de Fernando VI —en el Ministerio de Hacienda y en la Real Biblioteca— y que manifestó a lo largo de su trayectoria vital una importante

23. ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín: «Famoso, célebre y héroe ejemplar. Ceán Bermúdez elabora la Historia de las Bellas Artes y éstas lo convierten en gran hombre». En: GARCÍA LÓPEZ, David, y SANTIAGO LÓPEZ, M<sup>a</sup> Elena (dirs.): *Ceán Bermúdez y la historiografía de las bellas artes*, Madrid, Biblioteca Nacional de España y Centro de Estudios Europa Hispánica, 2020, pp. 255-280; ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín: «El intelectual en el cambio de siglo. Manuel José Quintana: monumento de sí mismo». En: DURÁN, Fernando, ROMERO, Alberto y CANTOS CASENAVE, Marieta: *La patria poética. Estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana*, Madrid: Iberoamericana, 2009, pp. 331-366.

24. TERREROS Y PANDO, Esteban: *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina e italiana*, Tomo II, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1787, p. 278.

25. *Diccionario de la Lengua Castellana compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo, segunda edición*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1783, p. 537.

actitud apologética de la nación<sup>26</sup>. Entre todos los textos que escribió Ignacio de Luzán, hallamos una de las obras más importantes de teoría literaria del XVIII, *La poética o las reglas de poesía en general*, publicada por primera vez en 1737, y editada de nuevo en una segunda edición póstuma en 1789 a cargo de Eugenio de Llaguno. Desde su compromiso con el progreso cultural del país, Luzán dedica un capítulo, el séptimo en concreto, al héroe<sup>27</sup>. En él critica a los héroes antiguos por su orgullo, fiereza y grosería.

Después de distinguir las diferencias entre héroes como Aquiles y Eneas, señala la más preciosa calidad que tiene aquel héroe que debe dar buen ejemplo al lector: la fuerza, vigor y la robustez de su cuerpo, algo muy valioso en su opinión, tanto para los poetas clásicos como para los poetas modernos. Aunque el autor no se refiere a esta cuestión de forma explícita, la corpulencia y la fuerza refuerzan un ideal de masculinidad exitoso, entendiendo el cuerpo como una forma de encarnar el poder y una forma de asociar lo masculino a la fortaleza. El héroe, producto de un conjunto de virtudes, ha de ser verosímil, pero no es necesario sin embargo que manifieste todo el abanico de virtudes morales. La concepción nueva del héroe se evidencia en este fragmento textual en el que se defiende a un hombre menos «tosco» y de «mejores costumbres»:

No será ajeno de este lugar ni de mi intento el indagar ante todas cosas la genuina y propia idea y significación de este nombre héroe y cuál ha sido o debe ser su constitutivo. Y si damos crédito a las ingeniosas ideas y especulaciones del doctísimo Juan Bautista Vico, en el segundo libro de la célebre obra que escribió *De los principios de una nueva ciencia*, los primeros héroes fueron hombres bozales, groseros, crueles, fieros, orgullosos, obstinados y al mismo tiempo inconstantes, de cuyas costumbres se ven muchos bosquejos y copias en los héroes de Homero, y particularmente en Aquiles. Pero como las costumbres del género humano se fueron con el tiempo desbastando y puliendo, también los héroes que después se siguieron debieron de ser menos toscos y de mejores costumbres, y el nombre de héroe debió de aplicarse a una naturaleza más noble y de mejores circunstancias que antes<sup>28</sup>.

26. MESTRE, Antonio: *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*. Madrid: Marcial Pons, 2003, p. 18. Luzán acusó a Martí de «español deserto» por contribuir con sus críticas a fomentar la «Leyenda Negra» sobre el escaso nivel de las letras españolas. Sobre ella, algunas obras fundamentales con especial incidencia en el siglo XVIII en: VILLAYERDE, María José y CASTILLA URBANO, Francisco: *La sombra de la Leyenda Negra*. Madrid: Tecnos, 2016; GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo. *La leyenda negra: historia y opinión*. Madrid: Alianza, 1992.

27. CHECA BELTRÁN, José: *Razones del buen gusto: poética española del neoclasicismo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filología, 1998, p. 246.

28. LUZÁN, Ignacio de: *La poética o reglas de la poesía en general y de sus principales especies*. Tomo II, Madrid: Antonio de Sancha, p. 299.

## 2.2. *Civilización, masculinidad y crítica contra el héroe militar en el marco del reformismo ilustrado*

La construcción del héroe se enmarca en debates intelectuales más amplios que el que se concreta en dirimir el papel de España en la cultura europea. En estas controversias, la noción de heroísmo estuvo sujeta a la crítica de las «philosophical minds of the Enlightenment»<sup>29</sup>. Las opiniones de Luzán sobre el heroísmo —evidenciadas también en su pieza dramática *La virtud coronada* (1742)— revelan un cambio más amplio que está operando en la concepción del héroe, en una cultura más preocupada por la humanidad, por los afectos, por la civilización, la moderación y la justicia, centrada en discutir sobre los caracteres más representativos —aquellos que se refieren al clima, a las leyes y la historia— de las naciones europeas, al estilo más típico de Montesquieu, así como sobre los individuos, tanto hombres como mujeres, que se consideran emblemas de virtudes y comportamientos<sup>30</sup>.

Las críticas a los héroes fieros y violentos —aquellos que habían fundamentado su fama en conquistas militares— fueron mucho más duras en la segunda mitad del siglo XVIII, en boca de los ilustrados que criticaban el colonialismo europeo y la esclavitud desde las coordenadas del debate sobre el mundo americano en el Setecientos, las consecuencias de la conquista americana a largo plazo y el papel del cristianismo en el proceso. Un buen ejemplo en las críticas del escritor Jean-François Marmontel (1723-1799), quien lanza sus dardos contra aquellos tiranos que se habían convertido en héroes, pero que no eran más que «débiles y cobardes raptores».

Los héroes cristianos que acompañaron a Alonso en su texto *Les incas ou la destruction de L'Empire du Pérou* son pintados como monstruos fanáticos «teñidos de sangre y ahogándose de rabia»<sup>31</sup>. No eran pocos en Europa los que pensaban que la fama de los guerreros se había construido sobre la destrucción de los pueblos, como las críticas al heroísmo en el conocido poema abolicionista *The dying negro* (1775) o las palabras del historiador Guillaume-Thomas Raynal (1713-1796) cuando se refiere a unos heroicos conquistadores que, hundidos en la miseria de su inactividad económica, se habían convertido en «beggars, thieves or assassins»<sup>32</sup>.

29. DELON, Michel (ed.): *Encyclopedia of the Enlightenment*. London & New York Routledge, Taylor and Francis, 2013, p. 645.

30. HILL, Ruth: «Conquista y modernidad 1700-1766. Un enfoque trasatlántico». En: FERNÁNDEZ ALBADA-LEJO, Pablo: *Fénix de España: modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737-1766)*. Actas del congreso internacional celebrado en Madrid, noviembre de 2004. Homenaje a Antonio Mestre Sanchis, Madrid, Marcial Pons Ediciones Historia, 2006, p. 60.

31. MARMONTEL, Jean-François: *Los incas o la destrucción del imperio del Perú*. París, Masson e Hijo, pp. 19 y 247.

32. Cito la versión inglesa de 1804. RAYNAL, Guillaume-Thomas: *Philosophical and political History of the Settlements and trade of the Europeans in the east and west indies*. Edimburg: Mundell and Son, 1804, p. 202.

Las victorias militares engrandecían el poder de las monarquías, pero valiéndose de la fuerza y la avaricia, habían sembrado horror, barbarie y violencia. Pasado por el tamiz de la civilización y la crítica ilustrada, el héroe del siglo XVIII es un hombre más moderado, capaz de encauzar y dominar sus pasiones más violentas. Es más sensible y utiliza la razón, es el modelo ilustrado de «hombre de bien» que incorpora la capacidad de sentir con sus lágrimas, con su compasión y su ternura. Pese a que se acompaña de valores laicos, en absoluto este modelo deja de manifestar su condición religiosa y su vinculación o papel esencial en relación a las políticas reformistas<sup>33</sup>. Es el héroe sensible y virtuoso, el hombre enamorado o el amigo generoso y fiel, el hombre honesto y de mérito que se comporta de forma tolerante y humanitaria<sup>34</sup>.

La difusión de estos nuevos modelos de masculinidad heroica queda patente en la prensa de la época, cuando los periodistas constatan en las páginas del *Mercurio* que «los verdaderos héroes hacen sus victorias saludables a los vencidos y forman por sí mismos trofeos inmortales, triunfando de la venganza y de la cólera, pasiones tan naturales del hombre y tan difíciles de vencer». Estas líneas, publicadas en el *Mercurio histórico y político* —verdadero órgano de expresión del poder junto a la *Gazeta de Madrid*, como nos recuerda Elisabel Larriba, en manos de Miguel José de Aoiz en 1746—<sup>35</sup> subrayaban la clemencia del héroe masculino, su humanidad y el control de las pasiones más primitivas y brutales<sup>36</sup>.

El héroe de la Ilustración alberga, por tanto, más de un rostro. Su modernidad reside en la entrega del hombre a la noción del «bien público», a la causa de la civilización y el progreso, pero también a la causa de la patria. Sin embargo, nuevas y viejas maneras de entender lo heroico continúan coexistiendo, como demuestra la serie de *Retratos de Españoles con un epítome de sus vidas*, publicación con un elevado número de láminas orientadas a celebrar a los héroes de la patria en cuadernos de seis retratos

33. Será en el siglo XIX cuando veremos la sensibilidad masculina como un aspecto que el varón debe reprimir. Véase BOLUFER, Mónica: «En torno a la sensibilidad dieciochesca: discursos, prácticas, paradojas». En CANDAU CHACÓN, María Luisa (ed.): *Las mujeres y las emociones en Europa y América siglos XVII-XIX*, Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria, 2016, pp. 29-58; ROMERO FERRER, Alberto: «Las lágrimas del héroe: hacia una nueva sensibilidad masculina en el teatro prerromántico». En: RAMOS SANTANA, Alberto (coord.): *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX: de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850)*: VIII encuentro celebrado en Cádiz, 17, 18 y 19 de mayo de 1995, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1997, pp. 247-252.

34. Véase el elogio al duque de Osuna, donde se refiere a un «héroe tan amado por sus singulares virtudes, como llorado por la notable falta que siente el mayor número de quantos le conocieron». *Afectos del más tierno amor fraternal con que la excelentísima señora condesa Viuda de Benavente celebró las exequias de su difunto hermano el excelentísimo señor duque de Osuna en la iglesia del convento de carmelitas descalzos de esta corte*. Madrid: Manuel González, 1787, p. 4. Véase también GARCÍA GARROSA, María Jesús: *La retórica de las lágrimas, la comedia sentimental española, 1751-1802*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1990.

35. LARRIBA, Elisabel: *El público de la prensa en España a finales del siglo XVIII (1781-1808)*. Zaragoza: Prensas Universidad de Zaragoza, 2013, p. 49.

36. *Mercurio histórico y político*, tomo XVII, Madrid, Imprenta del Mercurio, 1746, p. 77.

(1791-1820). Fueron impulsados por Floridablanca a través de la Secretaría de Estado y por Diego Antonio Rejón de Silva, «responsable de la gestión de las academias en la secretaría desde 1785»<sup>37</sup>.

La obra implicó la impresión de retratos y biografías ejemplarizantes como ya antes habían hecho en Francia con la *Galerie françoise de hommes et des femmes célèbres qui ont paru en France*, cuyo primer volumen se publicó en 1770. Como sostiene Álvaro Molina, y pese a que en algún momento Rejón de Silva propuso incluir mujeres en la colección española, la serie incluyó sólo a varones en diferentes profesiones que se identifican con libros y paletas de pintura<sup>38</sup>. Los personajes se elegían por sus virtudes y no tanto por su nacimiento, se dedicaban a «fomentar las virtudes ciudadanas, su utilidad y fidelidad al rey, pero también a la comunidad en la que vive el protagonista»<sup>39</sup>. Los ilustrados Capmany y Quintana fueron algunos de los escritores que participaron en la redacción de las biografías.

La obra —que intentó difundirse tanto dentro como fuera de España— publicó a lo largo de sus casi 30 años de duración unos ciento catorce retratos que incluían un prólogo elaborado por el conde de Castañeda de los Lamos. La serie se encaminó a fomentar la unidad de la patria, potenciando el recuerdo de los momentos de esplendor del pasado y el presente y en palabras de sus promotores «a hacer gloriosa la memoria de España [...] su mejor apología contra las sórdidas imposturas de los extranjeros [...] y el más digno monumento [...] sobre las preciosas cenizas de tan dichosos hijos»<sup>40</sup>.

Los *Retratos* incluyen a individuos capaces de demostrar la grandeza, el progreso y el desarrollo de la nación —con su ejemplo podían borrar la idea, tan extendida entre algunos intelectuales de la época, de que los españoles eran tan bárbaros como aquellos que habían vivido a finales de la Edad Media— encarnada en hombres del mundo de la guerra y el gobierno, pero también de la literatura, la historiografía, el arte y la ciencia. Personajes tan variopintos como Ambrosio de Morales, Juan de Mariana, Vasco Núñez de Balboa, Juan de Herrera, Juan de Austria, Nicolás Antonio, Francisco de Quevedo, Juan de Ferreras, Tomás Vicente Tosca, Jorge Juan y Antonio de Ulloa fueron seleccionados. Muchos eran héroes antiguos. Otros eran figuras de un presente más cercano, como Juan de Ferreras o Jorge Juan, que encarnaban otra jerarquía de valores —aquellos que se refieren al progreso económico y científico, a la felicidad pública, la sabiduría, e incluso al trato social— sin que ello significara olvidar la gloria

37. MOLINA MARTÍN, Álvaro: «Retratos de los españoles ilustres con un epítome de sus vidas, orígenes y gestación de una empresa ilustrada», *Archivo español de Arte*, 353, 2016, p. 44.

38. MOLINA MARTÍN, Álvaro: «Retratos... op. cit. p. 50.

39. MOLINA MARTÍN, Álvaro: «La misión de la historia en el Dieciocho español. Arte y cultura visual en la imagen de América» *Revista de Indias*, vol. 65, 235, 2005, p. 661.

40. *Retratos de los españoles ilustres con un epítome de sus vidas*. Madrid: Imprenta Real, 1791, p. I.

militar, ahora sustentada en valores más dieciochescos como «el corazón noble y desinteresado», «la prudencia» o «la modestia»<sup>41</sup>.

¿Dónde encontrar héroes más adecuados para sostener los pilares de la patria? ¿En el presente más cercano o en el pasado legendario? ¿En el campo de batalla o más bien fuera de él? Años antes de la publicación de los *Retratos* salía de la imprenta la obra de Moratín, *Hormesinda*, dedicada a ensalzar las glorias de Pelayo. En *Guzmán el Bueno* (1777) Moratín enfatiza el carácter fuerte y patriótico del héroe masculino, los valores ancestrales de la nobleza goda, así como la unidad y la civilización de la nación. Hazañas y victorias de los héroes guerreros de la patria muy superiores a los de la Antigüedad, como subraya el propio Feijoo, en este caso vinculados con España:

Lástima es, que los sucesos de aquellos siglos quedasen delineados a la posteridad con alguna mayor especificación. La obscura o imperfecta imagen que nos resta de ellos, basta a representarnos, que todos los triunfos de los antiguos héroes son muy inferiores a los que lograron nuestros españoles. ¿Qué hazañas pueden Roma o Grecia poner en paralelo con las del Cid y de Bernardo del Carpio? ¿Quién duda, que, en ocho siglos, en que apenas se dexaron las armas de la mano y en que los españoles se llevaban casi siempre en la punta de la lanza la victoria, habría otros muchos famosísimos guerreros, poco o nada inferiores a los dos que hemos nombrado?<sup>42</sup>

Estos valores propios del siglo, reflejados en la noción de heroísmo —que conviven con otros más representativos del Renacimiento y el Barroco— no sólo se explican en relación a la nueva sensibilidad ilustrada, el éxito del concepto de patriotismo y los modelos de masculinidad que imperan en la centuria. Se explican también por la incidencia de los debates intelectuales sobre las fronteras entre la civilización y la barbarie —la civilización entendida como adelantamiento, como forma de vida y comportamiento instruido, cortés, más dulcificado y diferenciado del salvaje— y los debates sobre la crítica ilustrada, una de las actitudes intelectuales más específicas del siglo y uno de los conceptos más característicos del léxico de la época. Enjuiciar de forma rigurosa y racional la verdad de los datos que los escritores ofrecen a los lectores se convertirá en un nuevo modo de examinar el pasado, pese a sus peligrosos límites. Un ejemplo en la preocupación de los intelectuales por la desfiguración de las figuras históricas, como el que manifestó el jesuita Juan Francisco Masdeu en su crítica a la exageración con la que algunos escritores habían dibujado a los héroes del pasado e

41. MOLINA MARTÍN, Álvaro: «La misión...», op. cit., p. 673. Deben tenerse en cuenta los cambios en la propaganda oficial, en lo que se refiere a la imagen de la élite militar en CALVO MATURANA, Antonio: «La oficialidad del ejército y la marina borbónicas: reformismo, fidelidad e identidad (1750-1808)» *Cuadernos de Historia Moderna*, 41, 2016, pp. 467-495.

42. FEIJOO Y MONTENEGRO, Benito Jerónimo: *Teatro crítico universal*, tomo IV. Madrid: Imprenta Real de la Gaceta, 1773, p. 376.

incluso el cuestionamiento con el que se analizaba la trayectoria de algunos personajes legendarios del pasado nacional.

Estos debates sobre la crítica, la civilización, el progreso y el patriotismo integran una esfera política y cultural dominada por la competencia entre los imperios. En este contexto, serán muchos los héroes pragmáticos, barnizados *ex novo*, con los que se fomente una ideología de gobierno reformista, que, aunque manifiesta sus rasgos propios, se sirve de los preceptos de la Ilustración o como el propio Gabriel Paquette sostiene, la «gobernanza regalista»<sup>43</sup>. Los reformistas utilizarán al héroe como una figura retórica más para promover el progreso y el bienestar público y conectar, de algún modo, el espacio español y el ultramarino. Así lo hará el nuevo Hernán Cortés del siglo XVIII que, con sus acciones de conquista —y frente a los ataques de los ilustrados franceses e ingleses— había convertido a los indios en individuos dóciles y sociables según la propaganda de la época. Esta operación implicaba conceder cierta importancia a las nociones de laboriosidad y utilidad, empeños tan necesarios en el héroe, como recalca el ensayista cántabro Miguel Antonio de la Gándara en sus *Apuntes sobre el bien y el mal de España*.

Los referentes morales y culturales de la nación —masculinos en este caso— se encuentran en proceso de definición y crítica. Los discursos políticos y de género adquieren un tono más amable, desde la valoración de los afectos a las virtudes razonables del perfecto ciudadano. El heroísmo impregna entonces un presente distinto. Es también el de los gobiernos que tratan de fortalecer a la monarquía con una serie de reformas orientadas a centralizar y fortalecer su autoridad, fomentando la industria y el comercio, el de las academias y las sociedades que promueven las obras apologeticas de España, como las de Juan Pablo Forner y José de Cadalso<sup>44</sup>.

Uno de los principales agentes de este impulso reformista, Campomanes, expone con claridad la relación del concepto de heroísmo con otras claves políticas y económicas muy bien valoradas en la Ilustración. En su *Discurso sobre el fomento de la industria popular* relaciona el heroísmo con la idea de unidad, el interés común y la promoción de la economía y la literatura. Mirando hacia el pasado —y utilizándolo para fundamentar su discurso político— se remontaba a los tiempos de Cartago para enfatizar cómo los cartagineses se habían entregado a la parcialidad, mientras que el pueblo romano había demostrado unidad y cohesión política y social. Por el contrario, los cartagineses habían descuidado los vínculos del recíproco interés y se habían entregado a las divisiones más intestinas. Ello tenía consecuencias directas sobre la memoria de sus héroes, ya que en su opinión «ningunas estatuas de los ilustres cartagineses, ni otras memorias de las acciones gloriosas de sus ciudadanos se hallaron en Cartago.

43. PAQUETTE, Gabriel: *Enlightenment, governance, and reform in Spain and its empire, 1759-1808*. Houndmills: Palgrave Macmillan, 2008.

44. GUIMERÁ, Agustín, (ed.): *El reformismo borbónico: una visión interdisciplinar*. Madrid, Alianza, 1996.



Así pues, falta de artes y de recursos, a pocos combates cedió a una competidora, en cuyo seno letras, armas e industria se promovían constantemente»<sup>45</sup>.

### 2.3 ¿Una carencia de héroes?

Pese a la abundante presencia del héroe tanto en medios visuales como escritos, serán muchos los testimonios del panorama literario y político de la centuria que demanden héroes nacionales, héroes que deben venerarse y respetarse. Muchos de ellos seguían siendo conquistadores, exploradores o militares. El escritor cordobés Manuel Antonio Ramírez, que tradujo del francés un compendio histórico sobre el descubrimiento de la India, aprovechó el prólogo para quejarse de que «la común envidia de las demás naciones, no acrisolada con toda la distinción de la verdad, borraría con nuestra misma confusión la gloria de nuestros héroes españoles»<sup>46</sup>. El escritor Cristóbal Cladera, literato y traductor mallorquín afrancesado, no se alejó demasiado de la queja de Ramírez, al escribir una apología de Vasco de Gama, Fernando Magallanes y Pedro Álvarez Cabral (1794). Después de unir el destino de los navegantes portugueses al de los españoles, Cladera llegaba a afirmar que la memoria de todos estos héroes se venía oscureciendo sistemáticamente «desde hac[ía] tres siglos»<sup>47</sup>.

Las páginas de *El Regañón General o Tribunal Catoniano de Literatura* se sumaron a esta demanda compartida. Se trataba de un periódico de breve recorrido en el tiempo, pero de amplia difusión, publicado en la capital y comprometido con la Ilustración y la mejora moral e intelectual de los españoles, como nos indican José Checa e Inmaculada Urzainqui<sup>48</sup>. Su responsable era Ventura Ferrer, guardia de corps de la Compañía Americana. *El Regañón* solicitó la construcción de monumentos y estatuas que exaltarán a los héroes, al menos en la capital<sup>49</sup>, destacando entre ellos las figuras

45. CAMPOMANES, conde de: *Discurso sobre el fomento de la industria popular*. Madrid: Imprenta de Antonio de Sancha, 1774, p. CXC.

46. RAMÍREZ, Manuel Antonio: *Compendio histórico del descubrimiento y conquista de la India Oriental*. Córdoba: Oficina de D. Juan Rodríguez, 1773.

47. CLADERA, Christóbal: *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos en el mar océano en el siglo XV y principios del XVI en respuesta a la memoria de Mr. Otto sobre el verdadero descubridor de América*. Madrid: Antonio Espinosa, 1794.

48. CHECA, José: «Notas sobre la prensa cultural madrileña (1808-1814)» *Tinkuy. Boletín de Investigación y Debate*, 21, 2014, pp. 22-40. Véase también URZAINQUI, Inmaculada, «El último 'espectador' español: El Regañón General de Ventura Ferrer». En: ERTLER, Klaus-Dieter, LÉVRIER Alexis y FISCHER, Michaela (eds.): *Regards sur les «spectateurs»*. Frankfurt am Main, Peter Lang, 2012, pp. 227-243.

49. Sobre la carencia de las estatuarias en los espacios públicos véase la aportación de REYERO, Carlos, «Luces que alumbran desde Europa: los nuevos monumentos en la prensa madrileña del siglo XVIII». En: LORENZANA DE LA PUENTE, FRANCISCO y MATEOS ASCACÍBAR, FRANCISCO JAVIER (COORDS.): *El siglo de las Luces: III Centenario del nacimiento de José de Hermosilla (1715-1776)*. Llerena: Sociedad Extremeña de Historia, 2016, pp. 435-448.

de Pelayo y Cortés. Desde sus páginas operaba una interesante contraposición entre los «verdaderos héroes» y los «falsos de la antigüedad», los personajes que no existieron, los héroes fabulosos con «vicios» de los que carecían los héroes «verdaderos» y que la crítica ilustrada despreciaba:

No tenemos en nuestro parnaso ninguna pieza que pueda llamarse heroica, ni por sueños, a fin de que estimulados de esta falta injuriosa a los ingenios de nuestra nación, empresa alguno superior, qual se necesita para tan difícil obra el reparo de tal defecto, tanto más sin excusa quanto la historia heroica de nuestro país abunda copiosamente de héroes verdaderos, superiores en su mérito a los falsos de la antigüedad en la que para formar sus poemas tuvieron aquellos despejados ingenios que recurrir a deidades soñadas, y personajes que no existieron y aun así nos lo (*sic*) pintaron con hechos viciosos y baxos, de que se hallaban libres nuestros héroes verdaderos, y ya que no se ha perpetuado la memoria de estos varones tan beneméritos de la patria, erigiéndoles como debiera estatuas, monumentos y columnas en la Villa Capital del Reyno, en vez del adorno frívolo de sus paseos con alusiones de la necia gentilidad y fabulosa mitología, que tan glorioso proyecto les daría la fama póstuma que ganaron y les debe la nación de justicia y al mismo tiempo estimularía a la actual generación y a las futuras a imitar las virtudes militares de aquellos sus predecesores, que tanto escasean en nuestros días: al menos, y en defecto de tan justas recompensas, tendrían la de celebrarse sus gloriosos hechos adornados con el entusiasmo y bellezas de la epopeya, no perdiéndose también de vista la proporción y abundancia de nuestro idioma para lo heroico y sin duda superior a las leyendas griega y latina. Me parece que hay justo motivo para quejarse de la falta sobre que voy declamando y si cabe alguna preferencia que no agravie a los que excluye, deben señalarse como asuntos y héroes sobresalientes y de la clase explicada D. Pelayo libertador de su patria, y quantos célebres campeones le siguieron hasta la total restauración, como el singular Hernán Cortés, héroe mayor que los de fábula. Este es el modo de celebrar el mérito verdadero y estimular a mayores hechos, que practicándose así produciría nuestra nación varones superiores a los que se colocaron en los altares de la Roma pagana<sup>50</sup>.

Las quejas de los intelectuales no sólo se centraban en la ausencia de estatuas en los espacios urbanos, sino en el trato que la posteridad había brindado a estos hombres ejemplares<sup>51</sup>. El propio Nuño, el sabio que sirve de guía al viajero extranjero Gazel en

50. *El Regañón General o Tribunal Catoniano de Literatura, Educación y Costumbres*, 2 de julio de 1803, pp. 75-76.

51. El afán de la época por la conmemoración de héroes se demuestra en la pretensión de construir una estatua a Juan Sebastián de Elcano, que debía colocarse en su pueblo natal, Guetaria. La escultura había sido costeada por Manuel de Agote, también originario del pueblo, que pidió una entrevista con Mariano Luis de Urquijo el dos de noviembre de 1800. La estatua llegó a Guetaria, acompañada por una inscripción latina, en la que constaba que fue el primer hombre que dio la vuelta al mundo, con una traducción en castellano y en euskera (realizada por un miembro de la Real Academia de San Fernando). AHN. *Consejos*. Leg. n° 2944, Expediente n° 432.

la obra de Cadalso, alude a la ingratitud con la que eran tratados los héroes, ya que consideraba que las naciones modernas no tenían bastantes monumentos levantados a sus varones ilustres. En realidad, y al menos en lo que al terreno artístico se refiere, las iniciativas impulsadas para exaltar a los héroes de la patria fueron limitadas en un mercado apenas similar al de otros países europeos. En España, y a diferencia de otras monarquías, no existía una tradición apoyada por las clases dirigentes que pudieran impulsar el levantamiento de monumentos públicos. Esta percepción parecía recoger Nuño, cuando aludía a que sólo Inglaterra parecía honrar a sus héroes y levantar monumentos<sup>52</sup>. Precisamente Cadalso (1741-1782) verá cómo su generación convierte en héroe al científico Jorge Juan (1713-1773), pero también a otros personajes como Jovellanos (1744-1811), Juan Andrés (1740-1817) o Ramón Pignatelli (1734-1793), encumbrados a la fama por «el carácter de su alma singular en su siglo y en nuestra nación por sus conocimientos y patriotismo». Para los escritores de los elogios fúnebres, muy comunes a finales del Setecientos, significaba dar testimonio público de «la estimación de mi patria y del amor a mi sangre»<sup>53</sup>.

Precisamente los elogios fueron una de las fórmulas más comunes y extendidas durante la época como reconocimiento a los héroes coetáneos, sobre todo con el impulso otorgado por las academias y las sociedades. Este tipo de iniciativas eran una acción muy inmediata, que suponía el reconocimiento social de los valores y virtudes que definían la incipiente idea de ciudadano, forjada antes de las revoluciones liberales. Pese a los elogios fúnebres, Cadalso comparte su queja con el escritor Antonio Ponz, quién señala en su *Viaje de España* que la nación «no hacía cosa alguna» por los que se habían sacrificado por ella, afirmando que «el gran Cisneros, el gran Fernández de Córdoba, Colón, Cortés, quantos héroes dignos de eterna fama a quienes la posteridad no ha levantado un triste monumento siquiera para vengarlos de la ingratitud de sus contemporáneos»<sup>54</sup>.

Los lamentos de Ponz —quien incluso demanda una estatua para el propio Hernán Cortés—<sup>55</sup> Cadalso, Ramírez y Cladera no impiden vislumbrar toda una serie de discursos elogiosos, colmados de expresiones de sensibilidad, en los que se subraya cómo los individuos derramaban lágrimas por la pérdida del héroe. Convocatorias de premios y certámenes poéticos, como el realizado en Lima en la Academia de San Marcos (1762), el culto a los héroes de la conquista española en la *Gazeta de México* y los premios

52. CADALSO, José de: *Cartas Marruecas*. Barcelona: Piferrer, 1796.

53. SASTAGO, conde de: *Elogio del muy ilustre señor Ramon Pignatelli el 18 de marzo de 1796 por la real sociedad aragonesa de amigos del país*. Zaragoza: 1796, p. 5.

54. PONZ, Antonio: *Viaje de España en el que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*, Tomo XIV. Madrid: Joachin Ibarra, 1776, p. 182.

55. La estatua era necesaria para «vengarle de la ingratitud de sus contemporáneos». PONZ, Antonio, *Viaje de España...* Tomo XIV. Madrid: Joachin Ibarra, 1776, p. 182.

convocados por la Real Academia de la Lengua (1799) no apuntan precisamente hacia una carencia en este sentido. Por el contrario, y como muestra también el estudio de la prensa periódica, son índices sintomáticos del interés por recuperar a los héroes de la nación en sus distintas formas, y especialmente a los militares. Sin duda, este héroe moderno, que se está forjando a través de diferentes caminos, escritos y visuales, tendrá como destinatario principal un nuevo sujeto ciudadano, que asume un papel activo en la comunidad para contribuir al «bien común».

### 3. EL CLEMENTE Y SENSIBLE HÉROE DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA COMO REPRESENTATIVO DE LA NACIÓN

«Donde reina el amor a la patria, brota la felicidad de entre las manos de los hombres»<sup>56</sup>. Así expresaba el jurista e historiador Juan Pablo Forner (1756-1797) su compromiso con una de las máximas divisas de la Ilustración. Se trata del concepto de patriotismo, neologismo del siglo XVIII que comienza a aflorar hacia mitad de siglo en Francia y después en España, entendido como disposición a trabajar por el bien común, una virtud cívica que significa contribuir a la prosperidad económica y cultural del país<sup>57</sup>. Pese a su semántica compleja y polisémica, la idea de patria y el concepto de patriotismo se convierten en la base del Estado, en uno de los motores fundamentales que da sentido a la heterogénea élite política e intelectual española de finales del siglo XVIII, desde Jovellanos a Meléndez Valdés<sup>58</sup>.

Forner afirma en su *Discurso sobre el modo de escribir la historia de España* (1792) que «las proezas y las hazañas de los héroes guerreros estaban ya sobradamente ensalzadas en millares de tomos; falta representar la vida política y ver en los tiempos pasados los orígenes de lo que hoy somos y, en la sucesión de las cosas, los progresos [...]

56. FORNER, Juan Pablo: *Amor de la patria. Discurso que en la junta general pública que celebró la Real Sociedad Económica de Sevilla el 23 de noviembre de 1794*. Sevilla: Señores Hijos de Hidalgo y González de la Bonilla, p. 22.

57. El sustantivo «patriotismo» irá orientándose unívocamente hacia la coincidencia semántica con la nación. véase nación y patria en ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro, *Palabras e ideas, el léxico de la Ilustración temprana en España*. Madrid: Real Academia Española, 1992, pp. 211-269. Véase también FUENTES, Juan Francisco. «Conceptos previos: patria y nación en los orígenes de la España contemporánea». En MORALES MOYA, Antonio, FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y BLAS GUERRERO, Andrés. (dirs.): *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2013, pp. 169-197.

58. CALVO MATORANA, Antonio: *Cuando manden los que obedecen: la clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*. Madrid: Marcial Pons, 2013. Véase también FERNÁNDEZ ALBADALEJO, Pablo: *Materia de España: cultura política e identidad en la España Moderna*, Madrid: Marcial Pons, 2007 y *Los Borbones: dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Madrid: Casa de Velázquez, 2001.

de las clases que forman el cuerpo del Estado»<sup>59</sup>. Pese a que el intelectual extremeño consideraba que los guerreros ya estaban suficientemente exaltados en la historia del país, los homenajes a los héroes de la conquista son una tónica bastante común en la época, precisamente en un marco en el que se perfila un sentimiento compartido de que «nos despreciaban como hundidos en una profunda barbarie y casi enteramente despojados del noble atributo de la racionalidad»<sup>60</sup>.

La memoria de los héroes de la conquista no se limita al papel. Tampoco a la petición de que se incluyeran más héroes militares en los *Retratos de los españoles ilustres*, ni a las reclamaciones de Clemente de Peñalosa y Zúñiga cuando demandaba la necesidad de erigir estatuas específicas a los héroes de la conquista<sup>61</sup>. Un poco antes, con motivo de la boda entre el príncipe Carlos y María Luisa de Parma en 1765, la ciudad de Madrid colocó unas estatuas en plaza Fuente de la Plazuela de San Juan de Dios, unas columnas de Hércules que pagó la propia ciudad «para declarar mejor el honor de los españoles, adquirido por sus esfuerzos en tan dilatadas y esclarecidas conquistas, se sentarán en doce pedestales las estatuas de los descubridores de América». Entre ellos figuraban las efigies de Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Cristóbal Colón, Pedro de Alvarado y Fernando Magallanes «acreditando la bizarría de su espíritu»<sup>62</sup>.

El reformista asturiano José del Campillo (1693-1743) afirmaba que los conquistadores nunca podrían ser premiados justamente por más que se les distinguiera, alabara y recordara<sup>63</sup>. Quizá por ello anónimos escritores, como el colegial de San Fulgencio Alfonso José Gil, deseaban obtener licencias que les permitieran imprimir periódicos, misceláneas de noticias, con las que «pusiera a la vista para el ejemplo y la imitación héroes y heroínas de nuestra nación que en todos los tiempos se han distinguido en valor y santidad»<sup>64</sup>.

El conquistador escondía un variado y rico simbolismo, atractivo, pero especialmente problemático y complejo a ojos de los hombres y las mujeres del siglo XVIII. Los conquistadores representaban cierta idea de grandeza, victoria y valentía, la culminación de una vida de aventuras en la que habían combatido a monstruos, paganos e infieles.

59. FORNER, Juan Pablo: *Reflexiones sobre el modo de escribir la historia de España*. Madrid: Imprenta de Burgos, 1816, p. 9. Pese al empeño de Godoy, el texto nunca llegó a publicarse en vida de Forner.

60. Joaquín María Sotelo fue director de la Real Academia de Buenas Letras en 1804 y afrancesado durante la guerra. SOTELO, Joaquín María: *Elogio del Sr. Juan Pablo Forner; fiscal del Real y Supremo Consejo de Castilla leído en la Junta General extraordinaria el 23 de mayo de 1797*, Madrid: Cano, pp. 19-21.

61. «Necesitamos inflamar el pundonor militar (del público)». AHN. *Consejos*, Leg. 11280, Exp. 33.

62. *Breve descripción de los adornos y arcos triunfales que, a expensas de M. I. y coronada villa de Madrid, de los gremios mayores y otros individuos de ella se han erigido de orden de su magestad, por invención y dirección del coronel D. Francisco Sabatini*, Madrid, Gabriel Ramírez, 1765.

63. CAMPILLO, José: *Nuevo sistema de gobierno económico para la América*, Madrid: Benito Cano, 1789, p. 17.

64. AHN. Leg. 5550. Exp. nº 2.

Pese a que la suerte de algunos de ellos había sido adversa, el imaginario asociado al conquistador continuó difundiendo desde las novelas hasta los compendios históricos, dedicados a ensalzar sus trayectorias. Este héroe, que había conquistado y descubierto América, comenzó también a vincularse con las nociones de barbarie, opresión e injusticia, e incluso con la idea de despoblación, que tanto preocupaba a los reformistas.

Pese a que muchos se veían obligados a admirar el talento de Cortés, la sangre que derramó y las escenas de devastación que tuvieron lugar en América son calificadas por algunos intelectuales como horrorosas<sup>65</sup>. El botánico valenciano Antonio José de Cavanilles (1745-1804) reconoce, como muchos otros ilustrados —y antes que ellos, el escritor Diego de Saavedra Fajardo, que ya exculpaba los desórdenes de los conquistadores por el hecho de que éstos iban «a probar fortuna» y por encontrarse en América con individuos que eran «fieros idólatras»— los excesos de aquellos hombres, porque el ejército se componía por aquel entonces de «gente vaga, bárbaros aventureros y reos condenados»<sup>66</sup>.

Como el propio naturalista valenciano subrayaba, los hombres del siglo XVIII no eran responsables de las atrocidades que habían cometido sus antepasados. Había una diferencia entre el presente y el pasado. Para muchos eruditos del Setecientos, los delitos cometidos por los conquistadores de los siglos XV y XVI eran detestables<sup>67</sup>. En esta línea crítica podemos situar también a Feijoo (1676-1764). Reconoce el beneditino que, al reflexionar sobre la memoria de los conquistadores, aunque no se refiere específicamente a los del «Nuevo Mundo», muchos han sido «aborrecidos quando vivos y adorados después de muertos»<sup>68</sup>. Feijoo critica a aquellos que los alaban injustamente, debido a su sed de dominio y su aspiración al despotismo, una «dolencia general» que los inclina a querer engrandecer su imperio rompiendo los márgenes de la corona y la justicia. El conquistador es dibujado como un «ladrón famoso», malo «para todos» y «para sí mismo».

El periodista Francisco Mariano Nipho (1719-1803) también afirmaba que era «mucho más fácil rendir provincias y conquistar pueblos indomables que domar el

65. MADRILLON, J.: *Le Spectateur Americain ou Remarques Generales su l'Amérique Septentrionale et sur la République des Treize Etats Unis, Recherches Philosophiques sur la découverte du Nouveau Monde*, Amsterdam: Les Heritiers, 1789, V-XI.

66. CAVANILLES, Antonio: *Observaciones sobre el artículo de España en la Nueva Enciclopedia: escritas en francés por el doctor Antonio Cavanilles y traducidas por Mariano Rivera*. Madrid: Imprenta Real, 1784, pp. 91-93.

67. Cavanilles retaba a Masson que citara un solo pasaje de «nuestras crueldades modernas».

68. FEIJOO Y MONTENEGRO, Benito Jerónimo: *Teatro crítico universal o discursos varios en todo género de materias para desengaño de los errores comunes*, tomo III. Madrid: Pantaleón Aznar, 1777, p. 274. «Si la memoria de los conquistadores fuera regida por el entendimiento, había de servir a la execración y no al aplauso. Quien celebra a un Nemrod, a un Rómulo, a un Alejandro, puede con la misma razón celebrar a un tigre, a un dragón o a un basilisco».

orgullo rebelde de las pasiones»<sup>69</sup>. En este proceso de construcción, otros preferían, sin embargo, poner el acento en la ayuda de Dios y del cristianismo, siempre superior a las acciones de los hombres, cuestionando la completitud de las acciones políticas y guerreras, porque «ninguna victoria de los héroes era entera y completa, porque todo se ha sometido voluntariamente al imperio de Jesús». Pese a las conquistas «la más noble parte del hombre, que es el alma, permanece rebelde»<sup>70</sup>.

La imagen del conquistador abandona su característica fiereza —esa fiereza y destrucción que también había criticado el marino Alejandro Malaspina— y se convierte en un representante de la humanidad, la amistad y el bien común. Como el literato o el científico, el conquistador se convertirá en un servidor a la patria, entendida en términos sociales, activos y colectivos. Además de su peso militar, conquistadores como Hernán Cortés, interpretado como gran guerrero y símbolo de la victoria militar, serán revestidos con los valores que lo relacionan con el beneficio público y el servicio al bien común, preocupado por sus soldados, amigo y humano.

El conquistador de México será representativo del valor y la constancia de la nación. Incluso el propio Feijoo —que nos recuerda cómo la crueldad y la avaricia afean todo el resplandor del conquistador— reconocía la pérdida que para España hubiese representado que Cortés se hubiera dedicado a las letras en vez de a las armas. Podemos apuntar, además, que la utilidad del héroe es clave en este recurso retórico. Como afirmarán los periodistas del *Semanario Erudito*, mientras las heroicidades de Alejandro Magno se habían desvanecido con el tiempo, todas las acciones de Hernán Cortés «se había conservado hasta hoy con infinitas ventajas»<sup>71</sup>.

«Ya murió el héroe principal de la tragedia, casi toda la América está descubierta y conquistada, ¿para qué pues detenernos más tiempo en un teatro que solo ofrece catástrofes y guerras civiles, ajenas del asunto de mi historia?» Se pregunta el padre que relata a los niños la muerte de Francisco Pizarro en un volumen dedicado a la conquista del Perú<sup>72</sup>. Pizarro era, sin duda, un ejemplo más problemático que Cortés. Juan Corradi en la traducción *Compendio de la Historia General del Nuevo Mundo* (1803) compone un texto dedicado al público infantil, en el que presenta modelos a seguir y a condenar por los lectores, a través de un padre que cuenta el desarrollo del proceso de forma dialogada.

69. NIPHO, Francisco Mariano: *Caxon de sastre o montón de muchas cosas buenas mejores y medianas para abuyentar el ocio*. Madrid: Gabriel Ramírez, 1761, p. 188.

70. CASTELLOTT, Joaquín: *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los domingos días de cuaresma y fiestas movibles del año*, tomo V. Madrid: Benito Cano, p. 87.

71. VALLADARES DE SOTOMAYOR, ANTONIO: *Semanario erudito que comprehende varias obras inéditas, críticas, morales, instructivas, políticas, históricas, satíricas y jocosas, de nuestros mejores autores, antiguos y modernos*, tomo VII. Madrid: Imprenta de Blas Román, 1788, p. 277.

72. CORRADI, JUAN: *Descubrimiento y conquista de la América o compendio de la historia general del nuevo mundo por el autor del nuevo Robinson*. Madrid: Imprenta de Catalina Piñuela, 1817, p. 292.



Pizarro era un héroe, pero el propio traductor reconoce que las acciones del conquistador no siempre merecen la aprobación del público. Reconoce incluso con claridad que «desearía pasar por alto algunas circunstancias que seguramente deslustran la gloria de nuestro héroe, pero no me lo permiten la veracidad y la exactitud histórica»<sup>73</sup>. En el texto se afirma que Pizarro había cometido grandes atrocidades. La muerte de Atahualpa era el indicio de que sus acciones no «indicaban que tuviese un corazón muy tierno», preguntándose incluso «¿quién le [había dado la] facultad para quitar la vida a un rey por razón de estado y venganza?»<sup>74</sup>. Sensibilidad y educación como valores ilustrados atraviesan su representación: el traductor pone el acento en la etapa de su juventud, en la que había crecido «como planta sin cultivo, no es de extrañar que careciese de algunas de aquellas cualidades que sólo se adquieren por medio de una esmerada crianza»<sup>75</sup>.

#### 4. CONSIDERACIONES FINALES

En medio del debate sobre el rol que el imperio español había jugado en Europa y en América, la controversia europea sobre los «caracteres nacionales», el impacto político del reformismo borbónico y el exitoso recorrido de las nuevas ideas sobre la civilidad, la utilidad y la masculinidad, los ilustrados españoles alimentaron el reconocimiento y la exaltación de figuras del pasado y el presente que potenciaban su carácter de modernidad y sentimiento de civilización. Con ellas, se fortalece el imaginario cultural y político de una España que, a ojos de políticos y literatos, había sido temida y respetada.

Ahora, sin embargo, estaba siendo criticada con fuerza por los defensores de la modernidad comercial y civilizada del norte de Europa. El imaginario imperial se sustentaba entonces con el recurso a héroes más humanizados y modernos que fueran capaces de fomentar cierta unidad de la nación. Pese a que el heroísmo pudiera considerarse sólo como una «barnizada máscara» —escribe el duque de Almodóvar, otro de los férreos defensores de los conquistadores españoles— los ilustrados producen un abanico de héroes muy diversos —depurados al estilo de la época— para engrandecer el esplendor de la metrópoli y de sus colonias, y sostener, en definitiva, su identidad colectiva. No existió, como hemos visto, un amplio consenso entre los valores que los héroes debían transmitir a la sociedad.

No obstante, el héroe no es una categoría que deba analizarse desde una perspectiva estrecha, meramente nacional, sino que se comprende mejor como proceso más amplio y global, tanto desde fuera como desde dentro de la península. El propio

73. *Ibid.*, p. 39.

74. *Ibid.*, p. 147.

75. *Ibid.*, p. 41.

duque señalaba a los heroicos exploradores y conquistadores portugueses cuando trataba de explicar el éxito del país vecino en sus proyectos de expansión y colonización en África y Oriente. Las palabras que Voltaire dedicó a Cortés —que como decía el *Diario de Madrid*, no sólo había añadido honor a su patria y a su rey sino «a todo el mundo»<sup>76</sup>, las exaltaciones al conquistador en la *Gaceta de México*, las ediciones del poema épico *Os Lusíadas* en inglés, francés e italiano a finales del siglo XVIII y las defensas de Colón, Magallanes y Pedro Álvarez de Cabral que llevó a cabo el canónigo mallorquín Cristóbal Cladera son un ejemplo del intercambio de ideas y de las distintas contribuciones al heroísmo por encima de las fronteras nacionales. Conviene remarcar en este sentido que los materiales con los que se construyen los simbolismos, los imaginarios y las apreciaciones que unos pueblos hacen sobre otros, son siempre de procedencia y de materialidades muy variadas —tratados, relatos, discursos, compendios, diccionarios— en el tiempo y espacio.

Pese a la percepción de los literatos españoles, los héroes guerreros fueron una parte indispensable del discurso político y literario reformista orientado a construir una narrativa coherente a su favor, una narrativa que permitiera la conservación de la monarquía borbónica, y, al mismo tiempo, fomentar el culto a la nación, a la felicidad y el interés público, el culto a una celebridad más laica, a la producción de una idea de distancia histórica que separara a los ilustrados de culturas anteriores, consideradas más oscuras, más violentas, menos cultas y escasamente preocupadas por la «utilidad», la «unión» y el «bien general». Cuando el I marqués de Bajamar, el canario Antonio Porlier (1722-1813) —consejero de Estado con Carlos IV— se admiraba en su *Discurso exhortatorio* ante el Consejo de Indias de las heroicidades de los conquistadores españoles y de Cristóbal Colón, pretendía presentarlos como servidores al rey y a las labores públicas del Estado<sup>77</sup>. Por encima de todo se destacan, como hará también el *Memorial Literario*, los sacrificios y los servicios del héroe militar que trabaja para el beneficio de la sociedad, que descubre inmensas posesiones y grandes cantidades de metales «para otros»<sup>78</sup>.

Pese a la discusión que genera el héroe —quiénes deben ser incluidos o rechazados, y en qué términos hacerlo, como sucedió con la inclusión de Bartolomé de Las Casas en la serie de *Retratos de los españoles ilustres*, cómo se han exagerado sus defectos o sus aciertos— su recuerdo evoca los mitos del progreso, la modernidad, la nación y del hombre como problemas anudados entre sí. Del mismo modo, el héroe representa imperfecciones y debilidades, virtudes y vicios, como muy bien sabía el

76. *Diario de Madrid*, 144, 24 de mayo de 1790, pp. 575-576.

77. *Discurso exhortatorio pronunciado por el marqués de Bajamar, gobernador del supremo consejo y cámara de Indias en la apertura del tribunal del día dos de enero de 1800*. Madrid: Imprenta Real, 1800, pp. 37-48.

78. *Memorial literario o Biblioteca periódica de ciencias, literatura y artes*, 1804, nº 51.

duque de Almodóvar. Si los segundos eran «particulares, privados y pasajeros» podían compensarse y, por lo tanto, «tienen derecho estos hombres extraordinarios al aplauso de su siglo, a la admiración de los venideros»<sup>79</sup>. Sin embargo, no siempre los autores tenían tan claro qué aspectos pesaban más en aquellas figuras de fama excepcional. El traductor Juan Corradi había dibujado a un Pizarro que, careciendo de educación y formación intelectual —máxima ilustrada que indudablemente tuvo cierto peso en su comportamiento— no fue siempre a lo largo del proceso de conquista un ejemplo a seguir. Y más allá de Francisco Pizarro, el *Mercurio Peruano* alude a los «excesos inauditos» de los conquistadores del Perú, de Francisco de Carvajal y su hermano, Gonzalo Pizarro, que atormentaron a «muchos indios desgraciados»<sup>80</sup>.

Además de que el héroe vincule nociones políticas en proceso de maduración semántica —como el propio concepto de nación y de ciudadano— su fabricación implica verdaderas operaciones de maquillaje y selección, omisiones y olvidos, que depuran a los personajes de sus aristas más incómodas, aunque estas operaciones sean más visibles en discursos alejados de la oficialidad, censuras, manuscritos, folletos anónimos y correspondencia privada.

Los héroes históricos heredados del Renacimiento —descubridores, exploradores y conquistadores como por ejemplo Hernán Cortés, Francisco Pizarro o Vasco de Gama— se adaptaron a la modernidad del XVIII, despojándose de su carácter más violento y ambicioso. Junto a ellos proliferó también el culto a los héroes del presente más cercano —como Jovellanos, Pignatelli o Jorge Juan— que permitían ampliar la máxima sostenida por el jurista José de Olmeda y León (1740-1805) en sus *Elementos del Derecho Público*, según la cual «por espacio de ochos siglos los españoles no habían pensado en otra cosa que las armas»<sup>81</sup>. Sin embargo, estos héroes de las batallas del pasado, criticados por Forner y Salcedo, eran poco útiles para instruir al hombre de Estado, gobierno y comercio<sup>82</sup>.

Ante las críticas de los ilustrados que veían a España como ejemplo de país atrasado —con los lamentos de eruditos como Manuel Martí, que criticaba la ignorancia y el hecho de haber nacido en una nación tan bárbara—<sup>83</sup> las propuestas de la élite política

79. Debían, a su juicio, dirigir su pasión personal hacia el bien general. MALO DE LUQUE, Eduardo: *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, tomo IV. Madrid: Antonio de Sancha, p. 1788, p. 182.

80. *Mercurio Peruano de historia, literatura y noticias públicas que da a la luz la sociedad académica de Amantes de Lima y en su nombre Jacinto Calero y Moreira*. Tomo I, que comprende los meses de enero febrero, marzo y abril de 1791. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos, 1791, p. 204.

81. OLMEDA Y LEÓN, JOSÉ, *Elementos del derecho público, de la paz y de la guerra ilustrados con noticias históricas, leyes y doctrinas del derecho español*, Tomo I. Madrid: Oficina de la Viuda de Manuel Fernández, 1771. p. 7.

82. MOLINA MARTÍN, Álvaro, «La misión...» p. 658.

83. MESTRE, Antonio, *Apología y crítica de España...*, p. 18.

e intelectual de Carlos III y Carlos IV pasaron por la modernización de los héroes al servicio de la patria y la civilización, hombres que habían contribuido a la ciencia, al arte, a la literatura; hombres que no habían sustentado su poder en su corporalidad masculina y en su fortaleza física. Este nuevo heroísmo era absolutamente compatible, y convivió de hecho en el tiempo, con la idea muchas veces repetida en los discursos políticos de colocar estatuas a los conquistadores, a aquellos varones representativos de esa masculinidad unida a las dotes de mando y fortaleza, absolutamente útil entre los campamentos militares, con cuya presencia se podía estimular el valor de los soldados tanto en América como en España.

Explicar las razones de la convivencia entre los diferentes modelos de heroísmo en el universo mental ilustrado es una cuestión compleja, precisamente en un mundo en constante transformación que mira hacia el pasado, pero también hacia el nuevo siglo. Evidentemente, los conquistadores se adaptaron a la sensibilidad de la Ilustración, al control de las pasiones, a la idea del fomento de la economía, el comercio y la civilización como máximas del reformismo de los Borbones. Cortés es guerrero y valiente, manda y es obedecido por otros hombres que le respetan, puede llegar a ser temido, representa el triunfo militar, pero también su heroísmo se relaciona con el progreso y el establecimiento de los cultivos en el campo, con el fomento de la industria y el comercio, con el establecimiento de las universidades, con el florecimiento de la cultura y la religión, con la sensibilidad de un hombre que llora afectado por las pérdidas humanas de sus enemigos. En resumen, se enfatizaban los beneficios que Cortés había aportado a los indígenas e incluso, a los mismos europeos, pero ambos modelos de heroísmo convivían en su representación.

Parece claro que el siglo XVIII instaura una visión más crítica con los héroes militares, acorde con los debates de la sensibilidad, la civilización y la barbarie, pero no deja de cultivar, ni mucho menos —pese a la polémica que la conquista de América genera a lo largo y ancho de la centuria— el culto a 1492 como alma del pasado de España y Europa. Pese a las reticencias de Feijoo y Forner, la demanda de héroes de armas seguirá siendo muy palpable en la literatura del siglo XVIII. El héroe del siglo XVIII no puede reducirse, por tanto, al monarca absolutista ni al noble enriquecido que se compara con héroes bíblicos. A lo largo de la segunda mitad del XVIII, se crearán también nuevos héroes civiles que nada tienen que ver con el mundo militar y con el rey, como sucede paralelamente en Francia o Estados Unidos.

Son los héroes de la Ilustración los que, como Pignatelli, son premiados no tanto por su fuerza individual sino por su conocimiento, por su servicio a la literatura, a la ciencia, a la ingeniería, al arte, y de forma general, a la administración. Como ha subrayado Antonio Calvo Maturana, el debate sobre las condiciones que tienen que adornar al héroe, para ser admirado y respetado, es complejo<sup>84</sup>. Y lo fue mucho más

84. CALVO MATURANA, Antonio: *Cuando manden...* pp. 112-135.

en el caso concreto de los conquistadores. Más allá de este debate sobre su definición y selección, y en este caso, sobre los héroes que más necesitaba potenciar la nación, su construcción evoca una relación estrecha con el afán propagandístico que manifestó la historiografía y, en muchos casos, la literatura, los discursos políticos, los elogios fúnebres y las biografías, los grabados y las pinturas con la exaltación de aquellos hombres ejemplares que habían servido a la patria y habían promovido ese modelo masculino de «hombre de bien». Al fin y al cabo, el héroe era una herramienta de potente simbolismo, un ejemplo real colmado de ficciones e invenciones, pero capaz de cohesionar a la sociedad en torno a unos valores comunes, con su importancia psicológica y pedagógica, orientada a preservar la identidad de una comunidad que se define por sus ideales políticos y literarios, con su luz propia, su conocimiento, su progreso y su carácter civilizado, superior —a ojos de los ilustrados— a los hombres que habían vivido los tiempos del Barroco y el Renacimiento.